



EL BOSQUE INSPIRADOR

Julián Monge-Nájera,

Membre

Société de Biogéographie, Paris

Editor

Revista de Biología Tropical, Costa Rica

El bosque nuboso tropical que inspiró estos grabados del costarricense Alberto Murillo siempre me ha parecido fuera de lugar. No se trata del bosque tropical de palmeras y bananos que tenemos en la imaginación. No se trata del sol deslumbrador de la costa ni del calor insoportable del medio día. El bosque nuboso tropical podría hallarse a gusto en las tierras pobladas con seres fantásticos de los hermanos Grimm. Es el bosque que puede tener árboles retorcidos, hongos peligrosos y una neblina muy espesa que difumine las figuritas de unos duendes que nuestra imaginación ubicará fácilmente en semejante hábitat. Hoy día la ciencia conoce mucho sobre este tipo tan especial de ecosistema tropical, pero el misterio permanece de una u otra manera. Se dice que sólo se desarrolla a cierta altura sobre el nivel del mar. Bien, pero hay muchos lugares donde la altura es la correcta y el bosque nuboso falta. Tal vez la clave sea la topografía: se necesita terreno montañoso que obligue a las nubes a ceder parte del agua que las forma. Pero hay lugares con la topografía perfecta donde nunca ha existido un bosque nuboso. ¿Será que se necesita un suelo particular? El suelo de este bosque es variable: el secreto está en alguna combinación, pero no sólo de altura, topografía y suelo, pues tampoco con estos tres factores podemos predecir donde lo hallaremos. Hay todavía factores que desconocemos y que junto con su atmósfera particular retienen la sensación de misterio de ese lugar donde pocos querrían quedarse solos al anochecer. Incluso durante el día, cuando las nubes ocultan por completo el sol, se percibe la extrema complejidad espacial de centenares de troncos y ramas recargadas de plantas epífitas e interconectadas por redes de bejuocos que parecen haber escalado a las alturas de una manera inexplicable. Dentro de esta sensualidad de superficies multiplicadas por millones de fisuras y pliegues, como si se tratara de un organismo gigante, fluye la energía que desde una lejana estrella llega a las copas, refle-

jándose y siendo atrapada finalmente por microscópicos discos verdes dentro de cada hoja, fronda y pina, para poner en movimiento el motor de la vida en sus grandes capas de productores, consumidores y necrófagos. Este bosque no estuvo siempre acá. Si Alberto se hubiera adelantado en 50 mil años, no habría tenido que subir tanto para hallar el bosque nuboso, que durante el frío período Pleistocénico cubría tierras mucho más bajas. Si se hubiera adelantado diez veces ese tiempo, habría podido incluso ver como una gran barrera marina impidió al bosque de la sierra mexicana colonizar Costa Rica, dejando el camino totalmente abierto para que la flora sureña se extendiera desde los inmensos Andes hasta cubrir lo que hoy es el bosque nuboso de Costa Rica. Eso sí, ni siquiera adelantándose tanto habría encontrado en este bosque seres más maravillosos que aquel quetzal que hoy nos engaña con su falso plumaje verde, o que la venenosa ranita roja que de manera tan extraordinaria alimenta con huevos infértiles a sus diminutas crías. Estos y muchos otros fenómenos de la naturaleza del bosque nuboso, que aún en la era de las computadoras pueden asombrarnos si meditamos sobre todo lo que implican, están agazapados en ese follaje lejano al que hoy nos asoman estos magníficos grabados.